

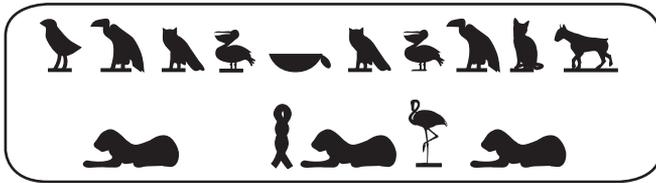


Capítulo 1

El faraón sí que sabe

El ambiente impregnado de ámbar vibraba de ansiedad. Crepitaba de tensión. Estallaba de impaciencia. Aun así, Cleo se negaba a descansar hasta que el palacio del Nilo estuviera a la altura de un rey, aunque los criados la tomaran por una majestuosa plasta.

—¿Mejor? —preguntó Hasina al tiempo que levantaba la esquina izquierda de la pancarta de papiro que Cleo les había emplazado a colgar a ella y a Beb, su marido.



Cleo ladeó la cabeza y dio tres pasos hacia atrás para obtener una nueva perspectiva. En el exterior, la lluvia arreciaba, silenciando el taconeo hueco de sus sandalias de plataforma contra el suelo de piedra cali-

za. Un tiempo ideal para alquilar una película, acurrucarse contra su chico y...

¡ALTO! Sacudió la cabeza para librarse de la placentera escena. Deuce ya no era bien recibido en sus pensamientos, ni tampoco en su sala de proyección. No, desde que la noche anterior acompañara a Melody Carver al baile del instituto. Además, necesitaba concentrarse. Más tarde tendría tiempo de sobra para planear su venganza.

Uniendo las yemas de los pulgares, Cleo estiró los brazos como el director de cine que encuadra una toma.

—Mmm...

Sus manos, del color del café con leche, formaron un marco a través del cual escudriñó la última posición de la pancarta. Era fundamental que pudiera ver con exactitud lo que su público vería. Y es que su público esperaba la perfección, y llegaría a casa al cabo de... Cleo echó un vistazo al reloj de sol tallado, situado en pleno centro del enorme vestíbulo. «¡Puf!». De noche, no servía absolutamente de nada.

—¡Comprobamos el tiempo! —dijo elevando la voz.

Beb sacó un iPhone de su túnica de lino blanco.

—Siete minutos.

«¡Maldición!».

Le habría resultado mucho más rápido teclear el mensaje en tamaño de letra setenta y dos e imprimirlo en su impresora láser. Pero su padre no toleraba la tecnología. Ya se tratara de anotaciones, listas o tarjetas de cumpleaños, los jeroglíficos eran la norma y no había más que hablar.

Ramsés de Nile —o Ram, como lo llamaban los occidentales— insistía en que todo cuanto se encontraba bajo su techo debía rendir homenaje a la herencia egipcia de la familia utilizando los antiguos caracteres, a cada uno de los cuales había que dedicar un promedio de veinte minutos para que quedara perfecto. Por ese motivo la pancarta rezaba: BIENVENIDO A CASA, en lugar de: BIENVENIDO A CASA, PAPÁ. «¡Por amor de Geb! ¿Quién dispone de tanto tiempo?».

Por suerte, aquella tarea mundana no había obstaculizado su plan habitual de los sábados con Clawdeen, Lala y Blue, pues ninguna de las tres «S» —Sol, Spa y Salir de compras— era ya una opción. Broncearse en el solarium quedaba descartado a causa de la tormenta. Y las otras dos «S» habían sido canceladas hasta que pudieran volver a salir en público sin correr peligro.

«¡Gracias, Frankie Stein!».

Desde el baile de la noche anterior en Merston High (¡el baile al que Deuce llevó a Melody Carver!), la policía de Salem andaba a la caza de un «monstruo verde» (¡Frankie!), cuya cabeza se había desprendido durante un besuqueo espectacular con Brett Redding. La comunidad de los RAD (Renegantes Aliados de la Diferencia) acordó que lo mejor sería que todos sus hijos sin excepción se quedaran en casa, por si acaso.

Afortunadamente, el padre de Cleo, famoso anticuario, se encontraba de viaje en una excavación arqueológica y se había perdido el espectáculo. Decir que era excesivamente protector era quedarse corto. ¿Y si supiera que Cleo había secundado el plan de Frankie? ¿Que su hija había acudido al baile de disfraces del ins-

tituto, con el tema de la invasión de los monstruos, disfrazada de momia o, más bien, que había ido vestida de sí misma? ¿Que Blue había dejado a la vista sus relucientes escamas de monstruo marino? ¿Que Lala había hecho alarde de sus colmillos? ¿Que Clawdeen había puesto al descubierto su pelaje de chica lobo? ¿Que el objetivo del grupo había consistido en demostrar a los normis que no había que temer las «excentricidades» de los RAD, sino celebrarlas? De solo pensarlo, Cleo sintió un escalofrío. Si Ram se enterase apenas de la mitad, la encerraría en una tumba subterránea donde la mantendría hasta el año 2200.

—¿Está bien? —consiguió preguntar Beb a través de unos dientes apretados cuyo marfil relucía especialmente en contraste con su piel aceitunada.

¿Eran imaginaciones de Cleo, o la esquina superior izquierda aún parecía inclinada? El pecho se le combaba como a un cadáver con las vendas demasiado ceñidas. Quería terminar de una vez. *Necesitaba* terminar de una vez. Todavía tenían que servir el vino; había que organizar los aperitivos y preparar la lista discográfica de Sharkiat. Si no dejaba libres a los criados, semejantes tareas no se realizarían a tiempo. Cleo podría ayudarlos, claro está; pero se cortaría un brazo antes que echar una mano. Al fin y al cabo, su padre siempre decía: «Existen los jefes y existen los empleados. Aun así tú, princesa mía, eres demasiado valiosa para cualquiera de ambos papeles». Y Cleo le daba la razón incondicionalmente. Eso sí, nadie había dicho que no pudiera supervisar.

—Más alto por la izquierda.

—Pero... —comenzó a argumentar Beb. Luego, a toda prisa se lo pensó mejor. En cambio, activó la aplicación de nivel de carpintero en su iPhone y lo colocó en posición horizontal. Observó pacientemente mientras la burbuja digital se desplazaba hacia el veredicto, al tiempo que sus labios del color del cacao mascullaban a la pantalla que decidiría su destino.

—A mí me parece perfecto —insistió Hasina, que se balanceaba sobre el brazo dorado de un antiguo trono egipcio—. Además, las medidas de Beb suelen ser muy precisas —para mayor énfasis, abrió de par en par sus oscuros ojos perfilados con kohl.

La mujer no iba descaminada.

Dieciséis años atrás, Ram había encargado a Beb que construyera una casa con el «encanto de lo sobrio» para impresionar a los occidentales y el «encanto de un palacio real» para los estándares egipcios. Meses después, el número 32 de Radcliffe Way cumplía ambos requisitos con exactitud.

De tonos blanco y gris claro, la fachada de varias plantas tenía la pátina de nuevo rico de las grandes mansiones de las afueras. La puerta principal conducía a un estrecho vestíbulo forrado de madera. Las paredes eran de color beis, apenas iluminadas y, sobre todo, aburridas a más no poder. ¿Cómo sino podían los miembros de la familia impedir que los repartidores de pizza y las entrometidas girl scout que vendían galletas sospecharan de ellos? Pero al otro lado de aquel vestíbulo falso se encontraba una segunda puerta, la puerta auténtica, la que daba acceso a la casa de verdad, donde el estilo decorativo alcanzaba la altura de palaciego.

La residencia principal tenía una altura de tres plantas y estaba coronada por una elevada pirámide de cristal. Cuando no llovía, la luz natural se derramaba sobre el interior como la mantequilla derretida sobre un pan de pita caliente. Cuando caía la lluvia, el rítmico golpeteo arrullaba a los moradores de la vivienda como música sinfónica ambiental. Coloridos jeroglíficos decoraban las paredes de piedra caliza. Vasijas de alabastro tallado marcaban los lugares de sepultura de sus antepasados. Y un río construido por Beb con agua traída del Nilo serpenteaba a través de todas las estancias del palacio. En ocasiones especiales, Hasina adornaba la corriente con chispeantes velas de té. De lo contrario, el agua llevaba lotos de color azul egipcio. Aquella noche, transportaba ambos.

—Cinco minutos —anunció Beb.

—¡Cuélgala! —decidió Cleo con una repentina palmada. Chisisi, el más tímido de los siete gatos de la familia, trepó como una flecha por la imponente datilera que crecía en medio de la estancia—. Lo siento, Chi —susurró Cleo—. No pretendía asustarte.

Un leve repiqueteo hizo eco en el vestíbulo. Después de todo, no era Cleo quien había asustado a Chisisi, sino...

—¡Está en casa! —vociferó Hasina mientras contemplaba la nítida imagen de su jefe a través del monitor de seguridad situado junto a la puerta auténtica.

—¡Deprisa! —espetó Cleo con tono impaciente.

La mujer adhirió su esquina de la pancarta a la columna, con la urgencia de quien se teme lo peor; acto seguido, volvió la vista a su marido, instándole a hacer lo propio. Demasiado tarde.

—¡Señor! —las oscuras mejillas de Hasina se tornaron del color de las ciruelas maduras. A toda prisa, descendió del brazo dorado del trono y, con la mano, borró las huellas que sus sandalias de gladiador pudieran haber dejado. Sin otra palabra, ella y Beb salieron disparados en dirección a la cocina. Segundos más tarde, una apresurada voz explotó a través de los altavoces empotrados. Con el registro vocal en octavas múltiples de Mariah Carey y el sonido de los dibujos animados *Alvin y las ardillas*, Sharkiat convulsionó el palacio al ritmo de *Ya Helilah Ya Helilah*.

—¡Papá! —chilló Cleo, con tono firme y empalagoso a la vez, como una chocolatina derretida—. ¡Bienvenido a casa! ¿Qué tal el viaje? ¿Te gusta mi pancarta? La he hecho yo sola —orgullosa, se plantó entre las columnas en espera de la respuesta. Aunque madura para los quince años que tenía (gracias a la momificación), aún reclamaba la aprobación paterna. Y a veces resultaba más difícil que ponerse pestañas postizas bajo una tormenta de arena en el desierto.

No así aquella noche. Aquella noche, Ram empujó a un lado a Manu, su ayudante, y se encaminó derecho hacia su hija, con los brazos muy abiertos al estilo de «mira-cuánto-te-quiero».

—¡Señor! —exclamó Manu, cuya suave voz se quebraba de preocupación—. ¡Su abrigo!

—¡Princesa! —exclamó Ram y, tirando de Cleo hacia su empapada gabardina negra, la apretó con fuerza contra sí. El torrente de lluvia no había conseguido eliminar los olores rancios de un vuelo internacional o de un coche de lujo con chófer impregnado de humo de puro,

ni tampoco el mareante olor almizclado de la piel de su padre. Pero a Cleo igual le daba. Habría seguido abrazándolo aunque apestara al cajón de arena de un gato que hubiera bebido agua del Nilo.

Sujetando por los hombros a su hija, Ram estableció una cierta distancia entre ambos y examinó a Cleo con intensidad. La profusa atención por parte de su padre le resultaba un tanto violenta.

«¿Es que mi vestido de vendas es demasiado ceñido? ¿O mi línea de ojos púrpura demasiado gruesa? ¿Mi máscara de pestañas con purpurina demasiado llamativa? ¿Las estrellas de henna en mis pómulos demasiado pequeñas?».

Cleo soltó una risita nerviosa.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —Ram suspiró, despidiendo un empalagoso aroma a tabaco. Había algo desconocido tras sus ojos oscuros, almendrados. Algo suave. Indagador. Acaso, asustado. En la mayoría de las personas se tomaría por inquietud. Pero en el caso de su padre resultaba insólito. Como una emoción oculta que hubiera sido desenterrada en su excavación arqueológica.

Cleo levantó la vista hacia él y esbozó una sonrisa.

—Pues claro que estoy bien. ¿Por qué?

Una suave campanada llegó desde la zona del comedor. Los aperitivos estaban preparados. Chisisi se apresuró a bajar de la palmera. Bastet, Akins, Ebonee, Ufa, Usi y Miu-Miu salieron silenciosamente de debajo del diván y se encaminaron hacia el copioso banquete. Cleo esbozó una cálida sonrisa por lo previsible de la escena. Pero Ram no lo hizo. La preocupación otorga-

ba a su rostro la dureza de una mascarilla de barro del Mar Muerto.

—La noticia está por todas partes —se frotó las sienes; su cabello salpicado de canas se veía más blanco de lo habitual—. ¿En qué estaba pensando esa tal Frankie? ¿Cómo han permitido los Stein que esto ocurra? Han puesto en peligro a toda nuestra comunidad.

—Entonces, ¿te has enterado? —preguntó Cleo. Aunque, en realidad, lo que quería saber era hasta qué punto se había enterado.

Ram se sacó del bolsillo interior un ejemplar enrollado del *Salem News* y lo golpeó sobre la palma de la mano, poniendo un brusco final a la tierna escena entre ambos.

—¿Es que a Viktor se le olvidó implantarle un cerebro a esa hija suya? Ni por el mismísimo Geb soy capaz de entender por qué...

El timbre para el aperitivo volvió a sonar.

De pronto, el impulso de defender a Frankie invadió a Cleo. ¿O acaso aquel impulso respondía a la necesidad de defenderse a sí misma?

—Pero si nadie sabe cómo se llama. Y en el instituto lleva puesto ese maquillaje de normis para que nadie la reconozca. A lo mejor solo trataba de agarrar el toro por los cuernos —sugirió Cleo mientras, nerviosa, se balanceaba sobre sus sandalias de plataforma—. Ya sabes, para cambiar las cosas.

—¿Qué clase de cosas, eh? La fabricaron hace un mes. ¿Qué le da derecho a cambiar lo que quiera que sea? —preguntó Ram al tiempo que levantaba la mirada hacia la pancarta de BIENVENIDO A CASA. «¡Por

fin!». Pero sus marcadas facciones no mostraron señal alguna de agradecimiento.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre Frankie? —Cleo no podía evitar su asombro. «¡Por favor!». Tenía amigas cuyos padres no se aventuraban más allá de San Francisco y, aun así, se mantenían maravillosamente ignorantes de las fiestas en casa y las escapadas a altas horas de la noche que ocurrían durante su ausencia. Mientras tanto, su padre se marcha a excavar artefactos a la otra punta del planeta y regresa más sintonizado que una cadena de radio cuando regala entradas. ¡Alucinante!

—¿Qué os ocurre a los de tu generación? —prosiguió Ram, haciendo caso omiso de la pregunta de Cleo—. No tenéis aprecio por el pasado. Ni respeto por el patrimonio o la tradición. Lo único que os importa es...

—¿Señor? —interrumpió Manu, cuya cabeza calva relucía con gotas de lluvia. Agarraba el asa de un malletín de aluminio con tal intensidad que sus nudillos oscuros se habían vuelto grises—. ¿Dónde desea que coloque esto?

Mientras consideraba su respuesta, Ram se frotó el rastrojo de barba que le había brotado durante el viaje. Pasados unos instantes, volvió la vista a Cleo y después hizo un gesto en dirección a la imponente puerta de doble hoja situada en el extremo más alejado del vestíbulo. Agarrando con fuerza a su hija por el codo, la condujo a través de la espaciosa antesala con ensayada elegancia y ambos efectuaron su entrada en el salón del trono.

Una familia de halcones aleteó y se dirigió hacia la palmera. Las puntiagudas alas de las aves resonaron por el palacio como banderas ondeando bajo el viento.

Iluminadas por llameantes lámparas de aceite en alabastro, las paredes de cobre batido reflejaban un tenue resplandor ambarino. Un pasillo cubierto de suave junco trenzado, lustrado durante miles de años por los pies descalzos de antepasados familiares, conducía al estrado sobre el que se encontraban los tronos. Cleo tomó asiento en el almohadón de terciopelo púrpura y colocó las manos sobre los apoyabrazos de oro incrustados de joyas. Movida por el instinto, proyectó la barbilla hacia delante y cerró los párpados a media asta. Ahora, con la visión ligeramente oscurecida, todo le fue llegando poco a poco. De pronto, era una soberana que degustaba su reino a sorbos delicados, en vez de tragárselo de una sola vez: el escarabajo negro y esmeralda sobre la puerta... los juncos que jalonaban el serpenteante Nilo... los dos sarcófagos de ébano que flanqueaban la entrada.

Las vistas, los olores y los sonidos de su reino desterraron la tensión de los últimos días e hicieron que se sintiera a salvo, sobre todo ahora que el soberano había regresado. Empezó a respirar con menos dificultad y en la piel notó el hormigueo de quien se sabe con derechos. Ah, qué bien sentaba la realeza.

Una vez que se hubieron acomodado, Manu colocó con mimo el maletín sobre la mesa de cobre situada entre ambos tronos y, acto seguido, retrocedió en espera de nuevas instrucciones.

«Ábrelo», le dio a entender Ram con un leve movimiento de muñeca.

Manu abrió el maletín con un *clic*, levantó la tapa forrada de terciopelo y dio un amplio paso hacia atrás.

—Observa —dijo Ram—. Lo encontré en la tumba de la tía Nefertiti.

Con un aire de serena confianza, hizo girar el anillo de esmeralda que llevaba en el pulgar. Cleo se inclinó sobre el apoyabrazos y ahogó un grito. De inmediato comenzó a levantar un inventario mental del tesoro que centelleaba ante sus ojos.

1. Collar de lapislázuli con forma de halcón, con alas extendidas destinadas a descansar sobre las clavículas de las mujeres más admiradas de Egipto.
2. Brazaletes de metal batido, unidos por un ojo de Horus de rubíes y esmeraldas.
3. Corona de oro macizo con forma de buitres, tan cargada de joyas relucientes que Cleo veía sus ojos abiertos, repletos de deseo, reflejados en las gemas de colores.
4. Anillo de oro en forma de espiral, con una piedra de luna gris del tamaño de una bola de chicle que casi relucía en la oscuridad.
5. Pendientes de jade en forma de pera y rodeados de alambre de oro que reducían a baratijas las esmeraldas de Angelina Jolie en los Oscar de 2009.
6. Collar de oro y perlas con plumas de avestruz colgadas de la parte inferior.
7. Brazaletes de serpiente con ojo de rubí diseñado para envolver el brazo de la muñeca hasta el bíceps.
8. Gruesa tarjeta de visita blanca metida de cualquier modo entre los contenidos del maletín.

—¡Un momento! —Cleo se inclinó hacia delante y sacó la tarjeta de un tirón—. ¿Qué es esto? —preguntó, aunque lo sabía de sobra. ¿Quién no? El ubicuo logotipo color plata, grabado en la parte superior de la tarjeta, era una palabra de cinco letras sinónimo de «inmensa oportunidad»—. ¡De lujo! —susurró, estupefacta. Temblando, leyó las palabras impresas en la tarjeta y las pulseras sujetas a su brazo se agitaron al ritmo de la bulliciosa música egipcia—. ¿De dónde has sacado esto? —preguntó.

Con la mirada aún hacia delante, Ram esbozó una sonrisa burlona.

—Espectacular, ¿verdad? Y ahora, ¿qué sientes acerca de tu pasado? ¿Tienes idea del incalculable valor de todo esto? No ya en dólares, sino en cuanto a la historia. Solo el anillo...

—¡Papá! —Cleo se levantó de un salto. El trono ya no era lo bastante ancho como para contener su entusiasmo. Frotó el pulgar sobre las letras grabadas, una por una: V... O... G... U... E...—. ¿Cómo conseguiste la tarjeta de visita de *ella*?

Ram se giró con brusquedad para mirar a su hija cara a cara y su cruda decepción quedó al descubierto.

—¿Qué tiene de especial esa tal Anna Winter? —espetó mientras cerraba el maletín. Manu dio un paso al frente para retirarlo, pero Ram hizo un gesto con la mano para que se apartara.

—¡Win-tour, papá! —puntualizó Cleo con vehemencia—. Es la editora jefe de *Vogue*. ¿En serio la has conocido? ¿Hablaste con ella? ¿Llevaba las gafas puestas, o se las había quitado? ¿Qué dijo? Cuéntamelo todo.

Por fin, Ram se deshizo a tirones de su gabardina negra. Manu se apresuró a recogerla y luego, rápidamente, le ofreció un puro. Como si se deleitara con la agitada ilusión de su hija, Ram dio varias caladas comedidas antes de complacerla.

—Se sentó a mi lado en primera clase, en el vuelo de El Cairo a Nueva York —soltó una apesadumada nube de humo a través de sus labios fruncidos—. Vio el artículo sobre mi excavación en primera plana del *Business Today Egypt* y se puso a hablar sin parar de su recién descubierto amor por la alta costura de El Cairo... o comoquiera que se diga —puso los ojos en blanco—. Quiere dedicarle un número completo.

Desde su posición a espaldas del trono, Manu negó con la cabeza. Parecía tan ofendido como Ram.

—¿De verdad dijo «alta costura de El Cairo»? —Cleo esbozó una sonrisa radiante. ¡Egipto de moda!

—Esa mujer dijo un montón de cosas —Ram dio dos palmadas. Beb y Hasina llegaron a toda prisa desde la cocina, balanceando fuentes de comida sobre las palmas de la mano. Bastet, Akins, Chisisi, Ebonee, Ufa, Usi y Miu-Miu corrían tras ellos ávidamente.

Cleo tomó asiento.

—¿Como cuáles? —insistió—. ¿Qué más dijo?

—Mencionó algo sobre una sesión fotográfica para la edición juvenil de su revista.

Hasina se inclinó y colocó frente a su amo una fuente de bronce. Ram cogió un triángulo de pan de pita y lo introdujo en un molinillo de hummus.

—¿Qué? —preguntó Cleo con voz entrecortada al tiempo que rechazaba con la mano la bandeja de sam-

bouseks de queso y cordero que Beb le ofrecía. El único tentempié que le interesaba se llamaba *Teen Vogue*, y estaba disponible en iTunes por 1,99 dólares.

—Tenía que ver con modelos montadas a camello en las dunas de arena de Oregón, llevando las joyas de mi hermana y las últimas novedades de la alta costura de El Cairo.

Cleo se rebulló en el trono. Primero cruzó la pierna derecha sobre la izquierda; luego, la izquierda sobre la derecha. Sacudió el tobillo, se sentó sobre las manos y tamborileó los dedos en el apoyabrazos de terciopelo. A pesar de que su padre detestaba a la gente inquieta, no podía dejar de moverse. Cada célula, cada nervio, músculo, ligamento y tendón de su cuerpo la empujaba a salir corriendo al exterior, escalar los muros del palacio a lo Spiderman y gritar a los cuatro vientos la sensacional noticia. Ojalá no hubiera peligro en abandonar la casa.

«¡Gracias de nuevo, Frankie Stein!».

—Todo este asunto es una explotación, si se me permite opinar —masculló Manu.

Ram asintió en señal de acuerdo.

Cleo lanzó al sirviente una mirada furiosa al estilo de «cierra-el-pico-ahora-mismo-o-voy-a-cubrir-tu-cabeza-calva-de-hígado-de-ganso-y-a-llamar-a-los-gatos». Manu se aclaró la garganta y bajó sus redondos y acuosos ojos castaños.

—¡Me apunto! —exclamó Cleo con un aleteo de pestañas.

—¿Te apuntas a qué? —Ram apagó el puro en una fuente con forma de cruz egipcia que contenía crema de

berenjenas. Hasina se lanzó en picado y la retiró a toda prisa—. No he dado mi conformidad.

—Lo cual no impidió que Anna Winter organizara la sesión fotográfica en el tiempo que el avión tardó en rodar desde la pista a la puerta de desembarque. Incluso eligió una fecha —informó Manu.

—¿*Qué fecha?*

Ram se encogió de hombros, como si le importara demasiado poco para acordarse.

—El catorce de octubre.

—Estoy completamente libre ese día —Cleo se puso en pie de un salto y batió las palmas a gran velocidad.

Su padre giró la vista hacia atrás y lanzó a Manu la misma advertencia de «gatos-en-tu-cabeza-calva».

—Esa Anna Winter actúa con más superioridad que una reina, por el amor de Geb. No quiero trabajar con...

—Tú no tienes que hacer nada. Yo trabajaré con ella —Cleo estaba tan emocionada que ni siquiera trató de corregir la mala pronunciación del apellido por parte de ambos hombres. Aquello tenía que suceder a toda costa. Era el destino.

Ram examinó el rostro de su hija en busca de orientación. A pesar de que el corazón se le desbocaba, Cleo permaneció inmóvil y mantuvo el control.

—¡Ya lo sé! —exclamó chasqueando los dedos, como si se le acabara de ocurrir una idea—. Seré una de las modelos —miró a su padre a los ojos—. Así podré supervisar el proceso de principio a fin —se ofreció, conociendo a la perfección cómo funcionaba la mente paterna. Ram podría escribir con jeroglíficos y hablar

en lengua egipcia, pero pensaba como un millonario. Valoraba la iniciativa, la confianza y la microgestión más que ningún objeto antiguo que jamás hubiera desenterrado.

Mientras giraba el anillo de esmeralda que llevaba en el pulgar, sus ojos almendrados se veían distantes, pensativos.

—Por favor —suplicó Cleo, hincándose de rodillas. Hizo una reverencia hasta apoyar la frente en la alfombra. Despedía el empalagoso aroma a almizcle de su aceite capilar. «Porfavordiquesíporfavordiquesíporfavordiquesíporfavordiquesí...».

—No te he educado para ser modelo —repuso él. Cleo levantó los ojos.

—Lo sé muy bien —ronroneó—. Me educaste para ser una diseñadora de joyas de talla mundial.

Con una inclinación de cabeza, Ram admitió el sueño de toda la vida de su hija; pero seguía sin encontrar sentido al asunto.

Cleo se incorporó.

—¿Qué mejor método para hacer contactos —«para impresionar a mis amigas y hacer que Deuce lamente el día que le pidió a Melody que le acompañara al baile», añadió en silencio para sí— que trabajar con la directora de accesorios de *Teen Vogue*?

—¿Por qué necesitas hacer contactos? —preguntó Ram con tono dolido—. Puedo conseguirte el empleo que quieras.

Cleo sintió ganas de estampar sus sandalias de plataforma contra el suelo y soltar un grito. En vez de eso, agarró a su padre de la mano.

—Papaíto —consiguió decir con calma—. Desciendo de una reina. ¡No de una princesa!

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó él mientras sus ojos se iban templando hasta adquirir una temperatura más risueña.

—Significa que quiero lo que quiero —Cleo sonrió abiertamente—. Pero lo puedo hacer yo sola.

—Disculpe, señorita Cleo —interrumpió Hasina—. ¿Desea que le prepare el baño?

—Con lavanda, por favor.

La criada asintió y se marchó a toda prisa.

Ram se rio por lo bajo.

—Ya se nota que quieres hacer las cosas por ti misma.

Cleo no pudo evitar una sonrisa.

—Le he pedido que me prepare el baño, no que se bañe en mi lugar.

—Ah, entiendo —Ram le devolvió la sonrisa—. De modo que quieres que confirme la sesión fotográfica, que insista en que te acepten como modelo y luego me retire y te deje hacer el resto, ¿no?

—Exacto —Cleo besó la frente bien conservada de su padre.

Mientras se daba golpecitos en los labios fruncidos, Ram interpretó una última pantomima dando a entender que estaba considerando la petición de su hija. Cleo se obligó a sí misma a permanecer inmóvil.

—Puede que esto sea justo lo que tu generación necesita —musitó.

—¿Cómo? —no era precisamente la respuesta que esperaba escuchar.

—Apuesto a que si Viktor Stein hubiera animado a su hija a involucrarse más en actividades extraescolares, Frankie no se habría metido en tantos problemas.

—Tienes toda la razón, desde luego que sí —Cleo asintió con tal fuerza que el flequillo se le agitó—. ¿Quién tiene tiempo para problemas si está ocupado? Desde luego, no es mi caso.

Una expresión de alivio recorrió el rostro de su padre. Arrancó la tarjeta de visita de las yemas de los dedos de Cleo y se la entregó a Manu.

—Haz la llamada.

«¡Síííí!». Por muy severo que Ram se mostrase, Cleo lo había engatusado.

—¡Gracias, papá! —le cubrió la mejilla de besos pringosos con aroma a frutos del bosque. Se trataba del primer paso importante en su camino hacia el dominio del mundo de la moda. Y las posibilidades hacían que su bien conservado corazón se elevara a mayor altura que la pancarta de bienvenida a casa más alta que jamás se hubiera colgado.

«Con tus chispas a otra parte, Frankie Stein. Una nueva noticia de primera plana llega a la ciudad».

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 18:34

CLEO: SALTAOS EL TOQUE DE QUEDA Y VENID A MI CASA CUANTO ANTES. SORPRESA ESPECIAL. ^^^^^^^^^^^^^ (X CIERTO, ¿OS GUSTA MI NUEVA DESPEDIDA? SON PIRÁMIDES.)

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 18:38

CLEO: DEBERÍAIS TENER UNA DESPEDIDA ESPECIAL. CLAWDEEN: # # # # #, MARCAS DE GARRAS. LALA: ::::::::::, MARCAS DE COLMILLOS. BLUE: @ @ @ @ @ @ @ @, ESCAMAS. EH, ¿¿¿RECIBISTEIS MI SMS??? ¡VENID!

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 18:46

CLEO: SI OS DA MIEDO, MANU OS IRÁ A BUSCAR AL BARRANCO. CONFIAD EN MÍ. MERECE LA PENA. ^^^^^^^^^^^^^



Capítulo 2

Depílate, depílate

Los relámpagos azotaban la noche como la toalla de un deportista cachas azota el trasero de un pringado. La lluvia arreciaba con más fuerza. Los árboles oscilaban y chasqueaban. Una manada de lobos aullaba en la distancia. La recepción en el televisor de pantalla plana parpadeaba y se normalizaba... parpadeaba y se normalizaba... parpadeaba y...

¡Ping!

Melody Carver se apartó de Candace, su hermana mayor, junto a quien estaba acurrucada, y se hizo un ovillo en el rincón del sofá color berenjena. Pulsó «Reproducir» en su teléfono y se preparó para otra ¡Amenaza.

—Tic tac... tic tac... tic tac...

Igual que los demás. Grabado por su ex amiga Bekka Madden y enviado al iPhone de Melody cada sesenta minutos, se trataba de un insistente recordatorio de que el plazo de cuarenta y ocho horas había descendido a unas veintitrés.

El objetivo de Bekka era sencillo: capturar a la monstruo verde que se había enrollado con —y había traumatizado a— Brett, su novio, en el baile del instituto. O, mejor dicho, quería que Melody atrapara a la monstruo en su lugar. Y Melody tenía hasta las diez de la noche del domingo para conseguirlo. Si fallaba, Bekka filtraría un vídeo de Jackson Jekyll transformándose en D. J. Hyde. Entonces, a él también lo buscarían. Melody deseaba proteger a Jackson a toda costa. Pero es que había conocido a aquella «monstruo». De hecho, esta, involuntariamente, le había dado un calambre a Melody en la fila del almuerzo, el primer día de instituto. Y, salvo por el asunto de «tornillos-en-el-cuello-piel-verde-costuras-y-electricidad», Frankie Stein era absolutamente normal. Si se deshiciera del espeso maquillaje y de la ropa en plan monja, sería en realidad bastante guapa.

Otro rayo más iluminó el barranco a la espalda de la casa de los Carver. Se escuchaba el retumbar de los truenos.

—¡Ahhhh! —gritaron Candace y Melody al unísono.

El televisor parpadeaba y se normalizaba... parpadeaba y se normalizaba.

—¡Puf! ¡Ni que estuviéramos hace diez mil años! —Candace propinó un manotazo a un cojín aterciopelado—. Me siento como una mujer de las cavernas.

Réplicas de frustración ondularon hacia la esquina del sofá donde Melody se encontraba.

—No creo que hace diez mil años tuvieran televisiones de alta definición.

—¡A ver si te enteras! —Candace empujó a su hermana en el muslo con un pie impecablemente arreglado—. No me refiero a la televisión.

—Vale, ¿y a qué te referes? —preguntó Melody, clavando la vista en su hermana mayor por primera vez en toda la noche.

Candace —que vestía un quimono de tono rosa apagado— estaba rodeada por bandas de tela, palitos planos de madera, pequeños montones de talco para bebés y un cuenco con lo que parecía miel coagulada.

—Me refiero a este absurdo kit para depilación a la cera. Es primitivo a más no poder.

—¿Desde cuándo te depilas tú misma las piernas con cera? —preguntó Melody, extrañada, al tiempo que consultaba su teléfono por si hubieran llegado nuevos mensajes o *tweets* durante aquel breve diálogo.

—Desde que por culpa de la movida de anoche con el monstruo, el único salón de belleza decente de la ciudad decidiera cerrar en sábado, por miedo —Candace extendió un grueso pegote de cera sobre su espinilla y lo cubrió con una tira blanca y rectangular—. Si no vuelve a abrir pronto, Salem estará realmente lleno de bestias horripilantes —frotó la tira con energía—. A ver, ¿te has fijado en las chicas del instituto? Le dije a una que sus pantalones de lana de angora me parecían superenrollados y ¿sabes qué me contestó?

La luz de los faros de un coche patrulla que circulaba frente a la casa recorrió las paredes de troncos del cuarto de estar de los Carver, dando a entender que la policía iba a la caza de Frankie con la tenacidad de un tiburón. Melody se puso a toquetear sus estropeadas cutículas. ¿Hasta

cuándo conseguiría mantener la calma? ¿Una hora? ¿Toda la noche? ¿Hasta la siguiente amenaza en audio por parte de Bekka? El reloj iba avanzando. El tiempo se agotaba.

—Mel —Candace volvió a darle un empujón con el dedo gordo—. ¿Sabes qué dijo, eh?

Melody se encogió de hombros, incapaz de quitarse de la mente a Jackson o el peligro que correría si a ella no se le ocurría una manera de impedir que Bekka filtrara aquel vídeo, una manera que no fuera la de entregar a Frankie. Una idea astuta, inteligente y...

—Pues dijo: «¡No llevo pantalones de lana de angora!» —Candace se dispuso a arrancar la banda de cera de su pierna—. ¿Sabes por qué lo dijo? ¡Porque llevaba minifalda, Melly! ¡Minifalda! ¡La pobre chica era así de peluda! —cerró los ojos con todas sus fuerzas y dio un tirón—. ¡Ayyyyy! ¡Pelo fuera!

¡Ping!

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Candace mientras espolvoreaba polvos de talco sobre su piel en carne viva.

Melody consultó su teléfono. Era Jackson.

JACKSON: ¿Viste el retrato robot d Frankie n ls noticias?

MELODY: No. La tormenta estropea la TV.

JACKSON: Parece Yoda con traje d novia.

Melody soltó una risita.

—¿Qué pasa? ¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Candace y, con el encanto de una modelo de cabello, lanzó por detrás del hombro su larga melena rubia y ondulada.

—Nada —masculló Melody, esquivando los indagadores ojos verdes de su hermana. ¿Acaso evitaba darle

explicaciones para protegerla? ¿O lo hacía para probarse a sí misma? Para ver si era capaz de sobrevivir a aquella complicada situación (e incluso salir triunfante) sin la ayuda de la intrépida y perfecta Candace. No estaba segura.

MELODY: ¿Alguna idea?

JACKSON: No, xo tenemos q pensar n algo. Si Bekka enseña el vídeo, mi madre m manda a Londres a vivir con mi tía.

La noticia rasgó las tripas de Melody con la fuerza salvaje de una banda de cera. Aunque solo se conocían desde hacía un mes, no concebía Salem sin su presencia. De hecho, no concebía nada sin él. En el idioma del amor, Melody era la letra «Q» y Jackson su «U». Él la completaba.

MELODY: ¡Hablemos con Bekka! Si suplicamos...

JACKSON: Está ocupada haciendo entrevistas. No para d salir n TV e Internet. No va a descansar hasta q pille a Frankie. Brett n shock. Aún n hospital. Vigilia impresionante. ¡Una locura! Vídeos en YouTube de falsos avistamientos d monstruos.

Una segunda banda de cera rasgó las tripas de Melody. Semejantes puestas al día solo conseguían aumentar su estrés. Necesitaba abandonar el sofá y pasar a la acción. Encontrar la manera de borrar el vídeo de Jackson del teléfono de Bekka y...

La puerta principal se abrió de repente. Una ráfaga de viento frío invadió la casa de troncos. Fue seguida por un trueno.

—¡Ahhhh! —gritaron las chicas de nuevo. Candace, presa del pánico, se puso a pedalear en el aire. La parte posterior de sus muslos estaba cubierta de arrugados parches de tejido blanco.

—¿Preparadas para la noche de juegos? —preguntó la madre de ambas elevando la voz mientras sacudía su paraguas marrón y dorado de marca antes de entrar en la casa—. Tenemos UNO, Absolutas Idioteces y Manzanas con Manzanas —anunció al tiempo que depositaba en el fregadero de la cocina dos empapadas bolsas de supermercado y cuatro de tiendas de ropa. Lo único que la ex asesora de imagen detestaba más que los calcetines azules con pantalones negros eran las manchas de agua en los suelos de madera.

«¿Noche de juegos?», preguntó Candace moviendo los labios sin hablar.

Melody se encogió de hombros. También era la primera vez que lo oía.

—¿Qué tal unas pizzas individuales bajas en grasas, de masa fina? —preguntó Beau, el padre permanentemente bronceado y en perfecta forma física de las chicas. Siguió a Glory con una bolsa de comida para llevar y una sonrisa al estilo de «diversión-para-toda-la-familia».

—¿Papá va a comer queso? ¿Es que celebramos algo? —preguntó Candace elevando la voz desde el sofá.

Glory apareció y entregó a cada una de sus hijas una caja marrón de zapatos en la que se leía UGG.

—Solo tratamos de sacar el máximo partido a este asunto del toque de queda. Queremos liberarnos por si fuera nuestra última noche entre los vivos —hizo un guiño travieso a Melody, dejando a las claras que,

en su opinión, todo ese lío de la caza de monstruos no era más que una estrategia provinciana para aumentar la venta de conservas, agua embotellada, linternas o pilas eléctricas, y así reanimar una economía lenta. Pero, llevados por sus deseos de adaptarse al estilo de vida de la ciudad, sus padres habían decidido seguir la corriente.

Candace levantó la tapa de la caja de zapatos y, cuidadosamente, echó una ojeada al interior.

—¡Eh! Siempre decías que las botas Ugg eran las chanclas del montañero. Y que las mujeres solteras jamás deben ponérselas.

—Eso era cuando vivíamos en Beverly Hills —explicó Glory mientras se desataba el pañuelo de seda dorada que le cubría la cabeza y sacudía su melena castaña—. Ahora estamos en Oregón. Las reglas han cambiado. Aquí hace frío.

—En esta casa, no —apuntó Melody, en referencia al termostato averiado. En el exterior, el viento aullaba; así y todo, vestida con un bóxer de chico y camiseta de tirantes, estaba sudando.

—¿Todo el mundo se ha calzado sus botas? —preguntó Beau, acercándose a sus hijas a pisotones con su nuevo par, de color gris. A pesar de que abusaba del bóttox, la alegría de su rostro no podía ocultarse.

—¿Por qué estáis tan... no sé, felices? —preguntó Candace y, acto seguido, ¡rrrrass!, se arrancó otra tira de la pierna—. ¡Ay! —exclamó con voz entrecortada. Luego, se frotó enérgicamente la erupción escarlata.

—Nos emociona la idea de pasar el fin de semana en familia —Beau se inclinó sobre el respaldo del sofá y

acarició la rubia coronilla de su hija—. Es la primera noche de sábado desde hace años que Candi no tiene una cita.

—Mmm, corrección —Candace se ajustó el cinturón de su quimono y se levantó. Una envoltura plateada de chicle se le había pegado a la cera de la rodilla—: Sí que tenía una cita. Lo que pasa es que ha habido que cancelarla por culpa del estúpido toque de queda. Y ahora me tengo que quedar encerrada con juegos de mesa, pizzas individuales y botas Ugg —arrancó de un tirón el envoltorio de chicle, lo arrugó hasta formar una bola plateada y lo arrojó a la chimenea de piedra—. Olvidaos de lo de «me piro, vampiro». Ahora me toca quedarme en casa. Hacedme caso, esto no tiene nada de emocionante.

—No sabes cómo lo siento —replicó Glory con un mohín mientras guardaba las botas en la caja a toda prisa—. No pensaba que estar con tu padre y conmigo fuera tan horrible.

—¡No me refería a eso! —Candace puso los ojos en blanco.

¡Ping!

Melody consultó su teléfono, agradecida por una excusa para desconectar de la riña familiar de la noche en familia.

JACKSON: ¿Sigues ahí? ¿Q ha pasado? Hay q pensar n l plan. El tiempo se agota.

Justo cuando Melody levantaba el dedo índice para tocar la pantalla, le quitaron el teléfono de la mano.

—Pero ¿qué haces? —le chilló a Candace.

—Tratando de tener un poco de diversión familiar —se burló su hermana, agitando el teléfono en plan de broma—. Llevas toda la noche en modo maníaca de los mensajes de texto, y quiero enterarme de lo que está pasando.

—¡Melody! —exclamó Beau con voz severa—. ¿Has estado ligoteando por el móvil? ¡Qué fuerte!

—¿Cómo? —replicó Melody—. ¡Nada de eso!

En otras circunstancias, Melody se habría reído por el intento de su padre de utilizar expresiones de adolescente, pero que te quitaran el iPhone no tenía ninguna gracia.

—Candace, ¡devuélvemelo!

—No hasta que me digas qué está pasando —insistió Candace, levantando el aparato por encima de la cabeza—. ¿Con quién hablas? ¿Con mister Hollywood?

—¿Con quién? —Melody se abalanzó sobre el teléfono, pero Candace lo apartó rápidamente.

—Ese chico tan misterioso, el que siempre se pone sombrero y gafas de sol. ¿No te llevó anoche al baile?

—En realidad, no. Bekka nos obligó a ir juntos, más o menos. Ni siquiera pasamos el rato uno con el otro o... —Melody se interrumpió—. Pero ¿por qué te doy explicaciones?

—¡Lo sabía! ¡Es Jackson!

—¡Candace! —Melody se abalanzó de nuevo—. ¡Devuélveme el teléfono! ¡Papá, quítaselo!

—Ni hablar —respondió Beau con tono abatido—. Es cosa de vosotras dos —se levantó y, calzado con sus cómodas botas, regresó a la cocina mientras, entre gru-

ñidos, hacía comentarios sarcásticos sobre las delicias de ser padre de hijas adolescentes.

—¡Candace! —Melody golpeó a su hermana en el pecho con un almohadón; pero Candace lo apartó a un lado con la astucia de quien está acostumbrado a repeler las invasiones exteriores—. ¡Dámelo de una vez! —insistió. Se lanzó hacia el otro extremo del sofá con los dedos preparados para un buen tirón de pelo. En el momento mismo que iba a establecer contacto con el cuero cabelludo de Candace, una nube de polvo blanco le enturbió la visión.

Al instante, Melody empezó a toser.

—¡Atrás! —advirtió Candace, blandiendo el bote de polvos de talco a modo de espada—. Si no, lo vuelvo a hacer.

—¡Mi asma! —consiguió decir Melody, agitando la mano para apartar la niebla con aroma a bebé.

—¡Ay, mierda, se me olvidaba! —repuso Candace al tiempo que soltaba su arma—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas el inhalador?

Melody se agarró la garganta y asintió con un gesto de cabeza. En cuanto Candace se giró, se lanzó hacia delante y arrancó una banda de cera de la parte interior del muslo de su hermana.

—¡Ayyyy! —chilló Candace. Se levantó de un salto y, con un centavo de dólar pegado a la pantorrilla, salió disparada hacia la puerta corredera de cristal que conducía al barranco en la parte posterior de la vivienda—. ¡Fuera teléfono!

—¡No eres capaz! —Melody entrecerró los ojos.

Candace abrió el cerrojo y, con gesto teatral, deslizó la puerta hacia un lado.

—Dime lo que está pasando o te juro que este teléfono acabará colgado del nido de algún pájaro en plan televisión de pantalla plana.

Melody no se atrevía a decirle que era un farol. La última vez que había probado semejante método, Candace había lanzado la mochila de Barbie de su hermana pequeña sobre el asiento trasero de un descapotable que pasaba por allí. En vez de eso, como siempre, se dio por vencida. Entre susurros, le contó a Candace todo lo relacionado con Bekka, Brett, Frankie, Jackson, el vídeo y el reloj que avanzaba sin parar.

—Guau —repuso Candace una vez que Melody hubo concluido su explicación. Le devolvió el teléfono por voluntad propia, ladeó levemente la cabeza y clavó la vista en su hermana. Su expresión era una mezcla de intriga y desconcierto, como si estuviera examinando a una desconocida a la que juraría haber visto con anterioridad.

Melody se mordió la uña del pulgar, aterrorizada por la reacción de su hermana. «¿Se va a reír de mi dilema? ¿Me llamará pringada por no entregar a Frankie? ¿Me culpará por haberme hecho amiga de Bekka, en primer lugar? ¿Obligará a Jackson a desaparecer de mi vida? ¿Le contará a nuestros padres que, después de todo, este asunto de los monstruos no forma parte, para nada, del paquete de estímulo financiero de las autoridades de Salem?».

Un trueno rompió el silencio que pendía entre ambas.

—Deja de mirarme así —le apremió Melody—. Di algo.

—Por poco me lo trago —replicó Candace con una amplia sonrisa—. Pero, vamos, eso de «la-hija-de-Fran-

kenstein-escondida-en-el-laboratorio-de-su-padre»... Eso sí que no —tras empujar a Melody hacia un lado, se dirigió al sofá con pasos silenciosos—. Mira, si no quieres admitir que Jackson y tú estáis tonteando por el móvil, perfecto. Pero al menos invéntate algo más elaborado. Eres la última persona que me imaginaba montada en el tren de los monstruos camino a Fashion City. Es indigno de ti.

Melody estaba a punto de defenderse, si bien se decidió en contra. ¿Por qué no dejar que Candace tomara la movida de Frankie por una invención? Sería mejor para todos.

—Tienes razón —Melody soltó un suspiro y se sentó sobre la mesa baja de espejos—. Te he mentado. Qué vergüenza...

—¡Ajá! —Candace se levantó de un salto—. ¡Me has dicho la verdad! ¡Lo sé!

—¿Cómo dices? No, nada de eso.

—¡Mentira! —Candace atravesó el espeso ambiente con un dedo implacable—. Jamás admites que tengo razón cuando de verdad tengo razón.

Melody soltó una risita de culpabilidad al tiempo que se maravillaba por la manera en la que Candace desafiaba el estereotipo de rubia tonta. Aquella cabeza no estaba llena de aire. Los engranajes del cerebro de su hermana lo soplaban todo él al exterior a través de sus orejas.

—O sea, sí que existe una hija de Frankenstein —surró Candace.

Melody asintió en silencio.

—¿Y en serio vive en un laboratorio?

Melody asintió de nuevo.

—¿Y se recarga con electricidad?

—¡Sí!

—*Très cliché* —Candace echó una ojeada a la puerta corredera de cristal que daba al barranco—. ¿Hay otros?

—No estoy segura —repuso Melody—. Pero no tienes por qué asustarte —acto seguido, se sintió obligada a explicarse—. Son normales... bueno, casi.

—¿Asustarme? —Candace sonrió con lentitud y su rostro se iluminó como un lago bajo los rayos de sol—. No tengo miedo, qué va. Estoy flipando.

—¿Ah, sí? —Melody se llevó las rodillas al pecho. La fresca superficie de la mesa de espejos le refrescaba los pies pegajosos.

—Estoy orgullosa de ti —Candace sonrió—. Por fin formas parte de algo peligroso.

—¿En serio?

—Sí, y no entiendo la razón, la verdad —admitió al tiempo que golpeaba los almohadones del sofá para eliminar los polvos de talco—. Lo de implicarse no es tu rollo.

Melody se ofendió ante el comentario, aunque proviniera de una chica que consideraba que descargar *Esperanza para Haití, ¡ya!* la convertía en parte activa de la ayuda humanitaria.

—Es que sé lo que se siente cuando te juzgan por el aspecto físico —explicó por lo que parecía la enésima vez.

—¿Y? —Candace se puso en pie mientras palpaba la parte posterior de sus piernas en busca de restos de

bandas de cera. Su tono, más que de condescendencia, era de curiosidad.

Melody sabía que a una persona genéticamente perfecta como Candace le costaba comprender lo que se sentía cuando te desafiaban estéticamente. Porque por muchas veces que le hubiera contado a su hermana cómo era su vida antes de la operación de nariz, o las burlas que recibía de sus compañeros de clase, Candace nunca lo acabó de asimilar. Era como explicarle a un bosquimano de Tanzania en qué consiste un megacentro comercial.

—Y quiero que la gente deje de juzgar —prosiguió Melody—. De hecho, quiero que la gente deje de sentirse juzgada. Ah, y quiero impedir que los matones intimiden a la gente... o a los monstruos... o a quien sea... —se detuvo, consciente de que su discurso resultaba un tanto disperso—. Quiero ayudar y punto, ¿vale?

Candace empezó a dar vueltas como el perro que se muerde la cola.

—Pues empieza arrancando el resto de la cera —dijo—. No puedo coger las tiras pegadas a la parte de atrás.

—Olvídalo —masculló Melody—. Después de todo lo que te he contado, ¿es eso lo único en lo que piensas? ¿En tus piernas, eh?

¡Ping!

Melody consultó su teléfono. Otro mensaje sonoro de Bekka. Esta vez, lo escuchó en altavoz.

—Tic tac... tic tac... tic tac...

El pecoso rostro de Bekka apareció de pronto en la mente de Melody. Se trataba de una cara en la que

solía confiar. Una cara con la que almorzaba. La cara de una amiga. Pero ahora, aquella cara le resultaba presuntuosa. Y seguramente se reía a carcajadas cada vez que enviaba un estúpido mensaje en plan «tic tac... tic tac... tic tac...». Melody trató de imaginarse a su ex amiga figoneando en su teléfono. Encontrando el vídeo de Jackson por casualidad. Tramando el plan de chantaje. Vilipendiando a Frankie. Liderando una caza de monstruos. Utilizando su ego herido como excusa para destruir vidas...

¡Uggh!

El corazón de Melody bombeaba más rápido y con más fuerza con cada nuevo pensamiento. Deseaba levantarse y pasar a la acción. Arrancarle a Bekka la cabeza de la misma forma que Brett, sin querer, había arrancado la cabeza a Frankie. Melody deseaba bajarse de un salto de la mesa de centro, agarrar una de las bandas de cera de la parte posterior de las preciosas piernas de Candace y, de una sacudida, librarse de su frustración.

Y eso es lo que hizo.

—¡Ayyyyy! —vociferó Candace.

Melody atravesó el cuarto de estar a paso de marcha, con renovada determinación.

—La próxima vez que escuche un grito así, será por parte de Bekka.

—Espera —dijo Candace, apresurándose a seguir a su hermana—. ¿Crees que habrá entre los monstruos algún pibón?

—Tranquila, bella. ¿Quién está montada ahora en el tren que lleva a Fashion City?

—¡Basta! —espetó Candace—. Quiero ayudar.

Esta vez, Melody se giró para mirarla.

—¿Hablas en serio?

—Sí —Candace asintió con genuina sinceridad—. Necesito una buena causa para mi solicitud a la universidad.

—¡Candace!

—¿Qué pasa? Cuanta más ayuda tengas de gente normal, mejor, ¿o no?

Melody reflexionó unos instantes sobre el comentario. Una vez más, su hermana estaba en lo cierto. ¿Quién mejor para luchar por los derechos de los estéticamente desafortunados que los genéticamente perfectos? Nadie mejor para decir «todos somos iguales en el interior» que los ED y los GP conviviendo en armonía. Ni en las películas.

—Muy bien. Vístete —ordenó Melody—. Ropa informal.

—¿Informal en plan avión o informal en plan yoga?

—Superinformal.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos? —preguntó Candace mientras se ahuecaba el pelo.

—Aún no lo sé —repuso Melody al tiempo que subía los desiguales peldaños de madera camino a su dormitorio—. Pero, sea donde sea, necesito alguien que conduzca, eso fijo.

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 19:01

CLEO: MÁS JOYAS Q NLS OSCAR. VENIDA JUGAR. ^^^^^^^^^^^^

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 19:06

CLEO: LA PRIMERA N LLEGAR SE PONE LA CORONA DL BUITRE D ORO. ^^^^^^^^^^^^

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 19:09

CLEO: LO LAMENTARÉIS. LA Q SE ECHE ATRÁS SE QUEDA CON LA BISUTERÍA. ^^^^^^^^^^^^

Para: Clawdeen, Lala, Blue

26 sept., 19:12

CLEO: MMM, ¿SE OS HA COMIDO EL PULGAR EL GATO? ¿POR QUÉ NO CONTESTÁIS? ^^^^^^^^^^^^



Capítulo 3

Recién cargada y sin hacer nada

Frankie Stein se giró para mirar las ratas de laboratorio enjauladas que tenía junto a la cama.

—No es que tenga mucha experiencia con estas cosas —comentó—. Pero ¿no es lo normal llamar a una amiga a quien se le ha desprendido la cabeza, para interesarse?

La rata B —o Fergie, como Frankie la llamaba— levantó su hocico rosado y olisqueó. Feyoncé, Flipante, Fosforito y Fantasmagoria continuaron besuqueándose.

—Bueno, pues si no es lo normal, debería serlo —añadió Frankie mientras se daba la vuelta y se quedaba boca arriba. Una lámpara de operaciones de una sola bombilla se cernía sobre su cabeza. A modo de cíclope vigilante, la había estado mirando las últimas veinticuatro horas.

«Pero claro, ¿quién no?».

Llevaba todo el día lloviendo. Un repentino destello iluminó la calle al otro lado de la ventana esmerilada. No era el primer rayo que golpeaba la cama metálica de

Frankie. Aunque sí el más fuerte. La corriente tan pura, tan poderosa, hizo que la recarga eléctrica de la máquina casera fabricada por su padre pareciera, en comparación, un toro con la pata rota. Las piernas de Frankie salieron disparadas hacia arriba y se desplomaron con un golpe seco. Exactamente lo mismo que su vida social.

—Recién cargada y sin nada que hacer —lamentó Frankie con un suspiro mientras que, con las yemas de los dedos, abría las dentadas abrazaderas que sujetaban sus tornillos como diminutas mandíbulas de caimán. Su energía había sido restaurada al completo. Le habían vuelto a coser el cuello y a tensar las costuras. Tras perder la cabeza durante un morreo de los que hacen temblar las rodillas con Brett Redding, un normi, Frankie había conseguido una segunda oportunidad para vivir. Por desgracia, no era la vida que ella deseaba.

Mientras respiraba el aire empapado de formol del laboratorio de su padre, añoraba los electrizantes toques femeninos que Viktor había retirado después del «incidente»: las velas con aroma a vainilla, el esqueleto con la cara de Justin Bieber, los vasos de precipitado llenos de brillo de labios y brochas de maquillaje, las alfombras de color rosa, el diván rojo, la purpurina espolvoreada sobre Feyoncé, Fergie, Flipante, Fosforito y Fantasmagoria. Todo había desaparecido. Cualquier vestigio de la Frankie que era feliz había sido retirado. Ahora ocupaban su lugar instrumentos quirúrgicos estériles, cables ondulados y ratas de laboratorio normales y corrientes: desalmados recordatorios de cómo Frankie había llegado a este mundo. Y de lo fácil que sería desconectarla y acabar con ella.

Y no es que sus padres quisieran acabar con ella, para nada. Saltaba a la vista que amaban a Frankie. ¿Por qué si no Viktor se había pasado la noche en vela, recomponiendo a su hija? Quienes querían tirar del enchufe eran los demás habitantes de Salem. Al fin y al cabo, Frankie tenía la culpa de la primera caza de RAD desde la década de 1930. Había asustado a Brett hasta tal punto que lo habían trasladado al pabellón de psiquiatría. Y todos los agentes de policía de la ciudad la estaban buscando.

Así y todo, ¿era necesario que sus padres le confiscasen el teléfono? ¿La encerrasen en el laboratorio? ¿La sacasen de Merston High para que estudiara en casa? Es verdad, se escapó y acudió al baile a pesar de estar castigada —injustamente—. Y sí, su piel verde había quedado —completamente— al descubierto. Y sí, sí, sí, su cabeza se había desprendido —accidentalmente—. Pero, ¡venga ya! Solo era una forma de oponerse a la discriminación. ¿Es que no lo pillaban?

Un trueno retumbó en lo alto. Feyoncé, Fergie, Fli-pante, Fosforito y Fantasmagoria se auparon sobre sus patas traseras y, con frenesí, empezaron a arañar las paredes de cristal de la jaula.

Frankie introdujo la mano. Los diminutos corazones de las ratas latían en modo de «combate o huida». Pero estaban prisioneras, sin posibilidad de combatir o huir. Obligadas a quedarse inmóviles, sin importar quién pudiera amenazarlas. Igual que Frankie.

—Esto os animará —comentó, al tiempo que sacaba el pequeño paquete de purpurina de colores que había escondido bajo el serrín de la jaula—. Que mi

padre esté furioso conmigo no es razón para que tengáis que sufrir —abrió el diminuto precinto y espolvoreó a las ratas como quien pone sal a las patatas fritas—. *It's raining glam* —canturreó, tratando de mostrar un tono optimista. Bien al contrario, su tono era taciturno a más no poder.

Segundos después, los animales dejaron de agitar las garras y regresaron a su estado de relajación habitual, que recordaba al del coma. Solo que ahora parecían bolas de helado de vainilla espolvoreado de virutas multicolores.

—Electrizante —Frankie esbozó una sonrisa de aprobación—. Las fashionratas han regresado —no suponía más que un pequeño paso hacia la restitución del laboratorio a su estado glamoroso habitual; pero al menos era un comienzo.

Sin llamada o aviso previos, Viktor y Viveka entraron en la estancia.

Frankie se apartó de la jaula y regresó a la cama, el único lugar en el que aún se sentía en casa.

—Estás levantada —observó su padre, quien no daba muestras de satisfacción ni de desencanto. Su indiferencia le dolió más que un centenar de pinchazos con una aguja desafilada.

—Buenas noches, Frankie —dijo su madre con voz cansada. Cruzó los brazos sobre su túnica de seda negra, cerró los ojos color violeta y apoyó la cabeza contra el marco de la puerta.

El pigmento verde de su piel se notaba marchito. Lo que antes tuviera el aspecto vibrante del helado de menta recordaba ahora al vinagre del escabeche.

Frankie corrió hacia ambos.

—¡Lo siento! —deseaba abrazarlos. Necesitaba que ellos la abrazaran. Pero se quedaron quietos—. Por favor, perdonadme, os prometo que...

—No más promesas —Viktor levantó la palma de su mano gigantesca. Tenía los párpados a media asta. Las comisuras de su amplia boca colgaban hacia abajo como un gusano de gominola rancio—. Hablaremos por la mañana.

—Tenemos que recargarnos —explicó Viveka—. Nos pasamos la noche levantados, reparándote, y hoy ha sido un día... —su voz se quebró unos segundos—. Agotador.

Frankie, avergonzada, bajó la vista hacia su aburrido camisón de hospital con la cara de *smiley*. Sus padres, adultos, rara vez necesitaban recargarse, aunque era evidente que ahora necesitaban una recarga, y todo por culpa de su hija.

Levantando la cabeza, se obligó a mirarlos cara a cara. Pero la puerta estaba cerrada y habían desaparecido.

«Y ahora, ¿qué?».

Al otro lado de la pared, la máquina de electricidad de Viktor y Viveka empezó a zumbear. Mientras tanto Frankie, más cargada de energía que Salem Electric, arrastraba los pies sin rumbo fijo por el reluciente suelo blanco, anhelando una vida más allá del laboratorio de su padre. Se moría por que sus amigas la pusieran al día. Pero ¿dónde estaban? ¿También las habían castigado? ¿Seguían siendo sus amigas?

¿Y qué sería de Melody y de Jackson/D. J. Hyde? Supuestamente, iban a trazar un plan para salvar a Frankie de Bekka. Pero tampoco tenía noticias de ellos... a menos

que fuera una forma de pagarle con la misma moneda por haberlos puesto en peligro. Tal vez a D. J. ni siquiera le gustaba Frankie. Quizá Melody y Bekka estaban juntas en aquel instante; se reían y levantaban su vasos de refresco de normis y brindaban por el éxito de ambas...

«Por Frankie, más pringada que una tostada con aceite».

Lentamente, Frankie se metió en la cama y se envolvió el cuerpo con las mantas electromagnéticas forradas de borrego.

—Mira, cíclope. Soy un rollito de aguacate.

La lámpara, inexpresiva, le devolvió la mirada.

La soledad recorría a Frankie por dentro como la primera brisa fresca del otoño: una fría muestra de la oscuridad que estaba por llegar.

Retumbó un trueno. Estalló un rayo. Comenzó de nuevo el *toc-toc-toc-toc* de las fashionratas.

—Tranquilas —masculló Frankie desde su cucurucho de piel de borrego—. Solo es...

Otro rayo.

Las farolas de la calle se apagaron de repente. La máquina al otro lado de la pared dejó de zumbar. El laboratorio se sumió en la oscuridad.

—¡Que me parta un rayo si esto es normal! —Frankie retiró las mantas de un puntapié y se incorporó—. ¿Es que no me han castigado lo suficiente?

Chispas de energía nerviosa le salían despedidas de las yemas de los dedos, iluminando la estancia.

—¡Electrizante! —susurró con renovado aprecio por su costumbre de soltar chispas, embarazosa en otras circunstancias.

Guiada por estallidos de luz amarilla, Frankie empezó a dirigirse hacia la puerta. Si pudiera llegar al dormitorio de sus padres antes de que se agotaran los últimos restos de energía de estos, podría suministrarles electricidad de forma provisional hasta que la máquina de recarga volviera a funcionar. Quizá entonces se darían cuenta de lo afortunados que eran al tenerla. Quizá la perdonarían. Quizá la abrazarían.

Cuando Frankie se disponía a agarrar el picaporte, notó otra corriente. Solo que no era de soledad, sino de aire. Se giró poco a poco para enfrentarse al frío, esforzándose por ver en la oscuridad. Pero no veía más allá del arrugado dobladillo de su camisón de hospital o el empeine de sus pies verdes descalzos.

El viento cobró más fuerza.

Frankie notó la boca seca. Los tornillos le empezaron a cosquillar. Las chispas volaban por doquier.

—¿Hola? —le temblaba la voz.

Las fashionratas se precipitaban de un lado a otro sobre el crujiente serrín.

—Shhh —siseó Frankie, esforzándose por oír lo que no conseguía ver.

¡Zas!

Se escuchó un golpe al otro extremo del laboratorio. ¿Un armario? ¿El esqueleto? ¿La ventana?

«¡La ventana!».

¡Alguien trataba de entrar!

«¡Bekka!».

¿Habría enviado a la policía? ¿Iban a llevarse a Frankie mientras sus padres yacían, indefensos, en la cama? La sola idea de que se la llevaran a la fuerza, sin

tiempo para despedirse, hizo que el cuerpo entero se le iluminara como un *soufflé* flambeado...

Y así fue cómo distinguió el ladrillo que volaba hacia ella en la oscuridad.

Frankie supuso que únicamente podía provenir de una gigantesca turba de normis que se hubiera congregado en el exterior. Si no recordaba mal la historia de su abuelo, los normis disponían de horcas, balas de heno en llamas y una enorme intolerancia hacia los vecinos que funcionaban con electricidad.



Capítulo 4

Allanamiento de morada

Frankie buscó en su cerebro algún tipo de consejo para esquivar multitudes que su padre, al fabricarla, le pudiera haber implantado. Pero el único que encontró fue... «¡Al suelo!».

Dejándose caer sobre el linóleo, permaneció tumbada boca abajo y extendió los brazos como una estrella de mar para quedarse aún más plana. A causa del terror, hojas de acero le giraban en el estómago como un ventilador de techo. Jadeaba como un animal. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y...

—Parece que esta noche hay media luna —susurró una voz varonil.

«¿Por qué a los asesinos siempre les da por la charla intrascendente?».

—¡Venga, hazlo! —gritó Frankie.

—Vale —repuso él.

Frankie apretó los ojos todavía más. Imágenes de sus afligidos padres le cruzaban la mente a toda velocidad. Aunque, con toda probabilidad, estarían más a sal-

vo y mucho menos agotados una vez que su hija hubiera desaparecido. Semejante pensamiento le aportaba kilovatios de alivio.

—¡Deprisa! Acaba de una vez.

El intruso colocó algo en el suelo, junto a la cabeza de Frankie.

«¿Una pistola? ¿Unas pinzas para quitar puntos? ¿Un extractor de tornillos?». Estaba demasiado asustada para mirar. Él se encontraba de pie, a su lado. Frankie notaba su calor. Le oía respirar. «¿A qué esperas?».

—¿A qué esperas?

El desconocido colocó una fina sábana sobre las bragas tipo *short* de Frankie, caídas más de la cuenta.

—Ya está.

Frankie, por fin, abrió los ojos.

—¿Me has matado?

—¿*Matarte?* —se rio por lo bajo—. ¡Acabo de salvarte el trasero! Literalmente.

Frankie se incorporó.

—¿Eh?

—Estabas alumbrando una media luna. Acabo de taparla —de pronto, la voz le resultó conocida.

—¿Billy?

—Sí —susurró su invisible amigo.

Frankie soltó una risita. Sus dedos dejaron de lanzar chispas. Se levantó.

—Entré por la ventana. Espero que no te importe —indicó él desde algún lugar en la oscuridad.

—Para nada —Frankie sonrió, radiante—. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver cómo estabas —repuso él con dulzura—. Y traerte esto —le colocó algo en la mano. El ladrillo volante. Solo que no era un ladrillo, sino una caja envuelta en papel de plata.

—¿Qué es esto? —preguntó Frankie, arrancando el envoltorio. En su mano sujetaba un rectángulo blanco—. ¿Un iPhone?

—El iPhone 4, para ser exactos. He estado intentando llamarte, pero una grabación decía que tu teléfono estaba desactivado, así que pensé que este te vendría bien.

—¿Cómo lo...?

—Claude lo compró en mi lugar —declaró Billy.

—Pero si es carísimo.

—No me gasto la paga en el cine, ni nada por el estilo. Entro sin pagar. Y en cuanto a la ropa...

—¡Ahí va! —Frankie soltó una risita al caer en la cuenta de que Billy siempre iba desnudo. De otro modo, todo el mundo vería un par de pantalones flotando por la ciudad.

—Enciéndelo —instó él, cortando el hilo de pensamiento de Frankie.

Esta pulsó el círculo oscuro en la parte inferior del aparato. Sobre la pantalla apareció una brillante orquídea esmeralda.

—Es una foto de mí, sujetando una flor verde. Si quieres, puedes cambiarla —fue pulsando en una página de iconos de colores hasta llegar a la libreta de direcciones—. Lo he cargado con el número de teléfono y la información de contacto de todo el mundo —dio un golpecito en un cuadrado naranja. Surgió una lista aparentemente infinita de títulos de discos—. Y con música, claro.

Frankie clavó la vista en el regalo, intentando encontrar qué decir. No era la tecnología —de la que provoca cosquillas en los tornillos— lo que le había dejado sin habla. Ni la biblioteca de música, las páginas de aplicaciones o la libreta de direcciones, llena hasta los topes. Era la amabilidad.

—¡Ay, Billy! Es una pasada. Mil gracias.

—Es una tontería —repuso él, aunque no lo era en absoluto—. Ah, mira esto. Cuando se fue la corriente, me descargué la aplicación de una vela. Ahora puedes ver a oscuras.

Frankie tocó la pantalla. La cálida luz digital parpadeó a su alrededor.

—Electrizante, no: lo siguiente —comentó, apoyando el teléfono en el hueco de su corazón—. ¿Qué he hecho para merecerlo?

—Todo. Te arriesgaste por nosotros. Y aunque al final la pringaste, para entendernos, todos te estamos muy agradecidos.

—¿Todos? —las cuchillas de acero que le giraban en el estómago aminoraron la velocidad—. Entonces, ¿nadie está furioso conmigo?

—Algunos padres y madres, sí; pero nosotros, no. Todo ese asunto de Brett, su ataque de pánico; en realidad, tuvo su gracia.

Frankie sonrió con todo el cuerpo. Si su alivio hubiera sido electricidad, habría iluminado el país de punta a punta.

—Muchas gracias, Billy —le dijo a la oscuridad—. Te abrazaría, en serio, pero...

—Sí, lo de estar desnudo y ese rollo —repuso él—. Lo pillo.

Frankie soltó una risita.

—Por cierto, ¿dónde están tus padres? —preguntó él.

—Eh, mmm, no están accesibles —respondió Frankie, eludiendo explicaciones.

—¿Cuándo esperas que regresen?

—Mañana, no sé a qué hora.

—Perfecto —repuso Billy al tiempo que activaba la aplicación de vela en su propio teléfono. Lo proyectó hacia la ventana esmerilada.

—¿Qué haces? —preguntó Frankie, cuya paranoia volvía a aparecer. ¿Era acaso una trampa?

—Tranquila —repuso Billy, aún apuntando hacia la ventana—. Observa...

De pronto, la ventana se abrió con un chirrido. Uno a uno, sus amigos RAD fueron entrando sigilosamente en el laboratorio.

—No resultaba seguro quedar debajo del tiovivo, así que se nos ocurrió venir aquí —explicó Billy—. Espero que te parezca bien.

Una vez más, la amabilidad de Billy la dejó sin palabras. Frankie levantó su vela digital hasta colocarla al lado de la de él y le enseñó lo absolutamente bien que le parecía.

Para: Operador de telefonía móvil

26 sept., 19:43

CLEO: ¿LOS APAGONES AFECTAN AL SERVICIO DE MÓVILES?

Para: Operador de telefonía móvil

26 sept., 19:43

CLEO: ¿Y A LOS SMS?

Para: Operador de telefonía móvil

26 sept., 19:43

CLEO: ¿SE PUEDEN RECIBIR MENSAJES CUANDO NO HAY LUZ?

Para: Todos los contactos

26 sept., 19:44

CLEO: ¡MALDITA SEA! ¿¿¿DÓNDE ESTÁ TODO EL MUNDO???

Para: Cleo

26 sept., 19:44

MANU: POR FAVOR, DEJA DE ESCRIBIR MENSAJES. EL SERVIDOR SE COLAPSA. CORTAFUEGOS INSTALADO. LA COMUNICACIÓN HACIA Y DESDE EL PALACIO BLOQUEADA PARA PROTEGERTE. DESEOS DE TU PADRE.

Para: Manu

26 sept., 19:44

CLEO: ENTONCES ¿CÓMO NOS ESTAMOS ESCRIBIENDO AHORA?

Para: Cleo

26 sept., 19:45

MANU: LAPSUS MOMENTÁNEO EN CORTAFUEGOS. DESEOS DE MANU. 😊

Para: Manu

26 sept., 19:46

CLEO: UF. ¿LO DEJAS ASÍ 1 MINUTO? ENTRE NOSOTROS.

Para: Cleo

26 sept., 19:46

MANU: ¡NO ESCRIBAS MENSAJES!

Para: Manu

26 sept., 19:47

CLEO: 😊